

Las Sombras de Buenos Aires

El último rugido de Marcos

Una historia de liderazgo en Buenos Aires

B1 · Español latinoamericano

15 capítulos · 27.500 palabras · Vocabulario · Preguntas · Respuestas

Buenos Aires · Hombres lobo · Liderazgo · taleivo.com

Sobre esta historia

El último rugido de Marcos es el tercer libro de la serie *Las Sombras de Buenos Aires*. Es una historia de liderazgo, visión y el precio de creer en algo que el propio grupo todavía no puede ver.

Marcos Díaz lleva doce años liderando los weerwolven de Buenos Aires. Tiene una visión de cooperación con vampiros y magos que la mayoría no comparte. Y tiene un hermano menor que cree que es hora de un cambio. Esta es la historia de cómo Marcos pierde el liderazgo y encuentra algo más importante.

Esta es una lectura graduada en nivel B1 de español latinoamericano. Cada capítulo incluye vocabulario, preguntas de comprensión y una clave de respuestas al final.

Esta historia ocurre al mismo tiempo que El despertar de Luca (Libro 1) y La ascensión de Valeria (Libro 2). Los tres libros comparten la misma noche en Palermo, vista desde tres perspectivas distintas.

Índice

- 01** El líder
- 02** La visión de Marcos
- 03** Los jóvenes
- 04** El territorio
- 05** El olor de Buenos Aires
- 06** Elena
- 07** La noche de Palermo
- 08** Lo que Marcos sabe
- 09** La fractura
- 10** El intento de Marcos
- 11** La cooperación imposible
- 12** El rugido antes del silencio
- 13** Después
- 14** La fábrica
- 15** El último rugido

Capítulo 01

El líder

Marcos Díaz llevaba doce años al frente de los suyos.

No era un cargo que se votara ni una posición que se heredara. Era algo que se ganaba y que se sostenía de una manera que los libros de historia humana habrían llamado liderazgo carismático si hubieran podido estudiarla, que no podían porque los libros de historia humana no sabían de la existencia de los suyos.

Los suyos eran los weerwolven de Buenos Aires. Cuarenta y tres en total, distribuidos por los barrios de la ciudad, viviendo vidas que a los ojos humanos parecían perfectamente ordinarias. Mecánicos, maestros, empleados administrativos, una arquitecta, un cocinero. Vidas de día que no revelaban nada de lo que eran de noche, en las semanas de luna llena, cuando la ciudad tenía un pulso diferente para quien sabía escucharlo.

Marcos Díaz era, de día, gerente de una empresa de logística en el barrio de San Justo. Cuarenta y cinco años, pelo gris en las sienes, manos grandes de alguien que había hecho trabajo físico antes de que el trabajo físico le abriera paso al trabajo administrativo. A sus empleados humanos les parecía un jefe justo y ligeramente distante, que llegaba siempre puntual y que raramente hablaba de su vida personal.

De noche, en las semanas que importaban, era lo que siempre había sido: el que corría primero, el que decidía la dirección, el que resolvía los conflictos antes de que los conflictos requirieran soluciones que nadie quería aplicar.

Doce años era tiempo suficiente para que el liderazgo se sintiera natural. Era también, Marcos lo sabía aunque no lo dijera en voz alta, tiempo suficiente para que los que llegaban después no pudieran imaginar que hubiera habido un tiempo anterior.

Los que llegaban después incluían a Tomás.

Tomás Díaz era su hermano menor. Treinta y ocho años. Siete años menos que Marcos pero una presencia que llenaba el espacio de maneras que los siete años de diferencia no explicaban completamente. Tomás era más ruidoso que Marcos, más rápido en la ira y en la alegría, más capaz de hacer que un cuarto entero lo mirara cuando entraba.

Marcos lo quería. Lo había querido siempre, desde que Tomás era el hermano menor que lo seguía por los pasillos del departamento familiar en Flores y que ahora lo miraba en las reuniones con una expresión que Marcos había aprendido a leer: la expresión de alguien que todavía no ha dicho lo que piensa pero que lo está pensando con mucha claridad.

Esa noche, en la reunión mensual que Marcos convocaba en el galpón de San Justo, Tomás llegó tarde.

Doce años era también el tiempo suficiente para saber lo que costaba.

El liderazgo entre los suyos no era ceremonial. Era operativo: Marcos era el que tomaba las llamadas a las tres de la mañana cuando había un problema en el territorio. Era el que mediaba cuando dos de los suyos tenían un conflicto que no podían resolver solos. Era el que viajaba en transporte público un martes lluvioso hasta el barrio de Mataderos para visitar a un weerwolf reciente que estaba teniendo dificultades con el proceso de adaptación.

Era, en términos que los humanos entenderían, un trabajo de tiempo completo que existía en paralelo al trabajo de tiempo completo que tenía de día.

Lo sostenía porque creía en lo que construía. La visión que tenía para los suyos no era abstracta: era una serie de relaciones concretas, de acuerdos implícitos, de maneras de hacer las cosas que se habían acumulado durante doce años y que hacían posible que cuarenta y tres personas vivieran sus vidas en una ciudad de millones sin que esas vidas y esas personas se hicieran visibles de manera que pudiera ser peligrosa.

Tomás lo miraba con esa expresión y Marcos lo miraba a él con la paciencia de alguien que ha aprendido que las conversaciones importantes raramente suceden en el momento en que uno querría que sucedieran.

"¿Quieres hablar ahora?" le preguntó Marcos después de la reunión, cuando los demás se habían ido.

Tomás miró el galpón vacío. "No todavía."

Era una respuesta honesta. Marcos la aceptó como tal y se fue a su casa en el auto que tardaba cuarenta minutos en el tráfico de la madrugada y que él usaba para pensar en las cosas que no podía pensar en la presencia de otros.

Lo que pensó en esos cuarenta minutos era esto: que Tomás era inteligente y apasionado y que tenía razón en algunas cosas. Y que Tomás también era impaciente de la manera que era impaciente quien todavía no había visto el costo de las decisiones rápidas tomadas con información incompleta.

La combinación era exactamente la más difícil de manejar.

La empresa de logística que Marcos dirigía se llamaba TransSur y tenía veintitrés empleados y tres depósitos, uno en San Justo, uno en Lanús y uno en Quilmes. No era una empresa grande pero era sólida: llevaba once años en el mercado, tenía clientes fijos en el sector textil y en la distribución de materiales de construcción, y crecía a un ritmo que permitía mantener los empleos existentes y añadir uno o dos por año.

Era también, en términos que sus empleados no habrían entendido, una cobertura que funcionaba mejor que la mayoría porque era real. Los negocios inventados tenían inconsistencias que las personas atentas podían detectar. TransSur era un negocio real con facturas reales y clientes reales y un gerente que respondía el teléfono a las ocho de la mañana aunque hubiera estado

fuera hasta las cuatro.

Marcos había aprendido, en sus años de liderazgo, que la mejor cobertura era la que no requería ser mantenida activamente. La vida de día tenía que ser lo suficientemente real para que no requiriera energía de mantenimiento, porque la energía de mantenimiento era energía que se le quitaba al trabajo de noche.

Sus empleados lo veían como un jefe estable, predecible y justo, que tenía la cualidad específica de resolver los problemas antes de que escalaran y de no generar drama innecesario. Era una descripción que Marcos habría aceptado como precisa si sus empleados se la hubieran dado, que no se la daban porque no era el tipo de cultura que había construido en la empresa.

La empresa y el grupo tenían en común esa cualidad: la estabilidad que se ve simple desde afuera y que requiere trabajo constante para mantenerse.

Tomás, que trabajaba como técnico de mantenimiento y no como gerente, no había construido ese tipo de responsabilidad institucional todavía. Era una diferencia que Marcos tenía presente sin usarla como argumento, porque los argumentos sobre la experiencia del adversario raramente producían los resultados que prometían.

Los martes de medialunas que tenía Luca Ferreyra en Palermo no eran muy diferentes de los rituales pequeños que Marcos había construido para sí mismo a lo largo de los años.

No medialunas específicamente. Pero sí la costumbre de los viernes de comer una hamburguesa en un bar de San Justo donde lo conocían y donde nadie le hablaba si no tenía ganas de que le hablaran. Era el tipo de espacio que uno necesitaba cuando el trabajo principal era estar disponible para los demás: un espacio donde nadie necesitaba nada de uno.

La semana después de la reunión donde Tomás llegó tarde y no pidió disculpas, Marcos fue al bar del viernes y pidió la hamburguesa y se quedó mirando el partido de fútbol en la pantalla sin seguirlo realmente.

Pensó en Tomás a los veintiún años, cuando había entrado al grupo. Era un chico que había entrado con tanta energía que el primer mes había sido agotador para los que lo rodeaban. Pero esa energía, con el tiempo, se había convertido en algo más manejable y más útil: la disposición de ir primero, de tomar el lugar que nadie más quería, de hacer el trabajo físico que requería determinación.

Era un buen weerwolf. Era también alguien cuya lectura de la situación actual era diferente a la de Marcos de maneras que Marcos no podía simplemente descartar.

El problema no era que Tomás estuviera equivocado en todo. Era que estaba equivocado en lo que importaba más.

La hamburguesa llegó. Marcos la comió. El partido terminó. Pagó y volvió a San Justo caminando.

El aire de la noche tenía la anomalía en un punto distante, perceptible pero no urgente. Era la versión del problema que podía manejar mientras resolvía el más inmediato.

El galpón de San Justo era también, en la vida de los suyos, más que un espacio de reunión. Era el lugar donde los *weerwolven* de Buenos Aires podían ser completamente lo que eran sin el filtro que la vida de día requería. Donde el vocabulario podía ser el que era sin traducción, donde las referencias podían ser las que eran sin explicación.

Marcos lo había elegido por razones prácticas: era suficientemente grande, era de un propietario que no hacía preguntas, estaba en un barrio donde nadie notaba reuniones nocturnas ocasionales en un galpón industrial. Pero con el tiempo había adquirido una función que iba más allá de lo práctico: era el espacio común del grupo, el lugar donde la comunidad existía de manera concreta y no solo como concepto.

Tomás llegar tarde y no pedir disculpas era, en ese contexto, más significativo de lo que habría sido en cualquier otro espacio. Era una señal enviada en el lugar donde las señales del grupo tenían más peso.

La reunión de ese mes tenía un punto más en la agenda que las anteriores: el estado de los contactos con otros grupos. Era un punto que Marcos había añadido seis meses atrás, cuando el proceso de intermediación había empezado, y que hasta ahora había producido actualizaciones breves y sin desarrollo.

Esa noche, el punto fue el más breve de todos: "Sin novedades significativas. El proceso continúa."

Dos líneas que ocultaban tres meses de trabajo del intermediario, cinco noches de patrullaje adicional en el sector sur, y la decisión de no decir todavía lo de la anomalía.

Tomás miraba mientras Marcos hablaba de los contactos. Esa mirada también era información.

El camino de regreso desde el galpón a San Justo esa noche fue en silencio. Marcos manejó con la radio apagada, que era lo que hacía cuando necesitaba que los pensamientos tuvieran espacio para organizarse solos. Buenos Aires de noche desde la autopista tenía la calidad específica de lo que es enorme y está quieto al mismo tiempo: las luces, el volumen reducido a esta hora, la sensación de una ciudad que seguía existiendo aunque la mayoría de sus habitantes estuvieran dormidos. Marcos pensó en Tomás y en lo que la expresión sin disculpa le había dicho. Pensó también en la anomalía, que en ese momento estaba en algún punto del mapa que tenía en el teléfono, moviéndose o quieta, pero ahí.

No era la primera vez. Pero era la primera vez que llegó tarde y no pidió disculpas.

Vocabulario

carismática — *charismatic*

Ej: Lo que los libros habrían llamado liderazgo carismático.

la logística — *logistics*

Ej: Marcos era gerente de una empresa de logística en San Justo.

la sienes — *the temples (of the head)*

Ej: Tenía pelo gris en las sienes, señal de la edad.

el galpón — *the warehouse / large shed*

Ej: La reunión mensual era en el galpón de San Justo.

el cargo — *the position / role*

Ej: El cargo de líder no se votaba ni se heredaba.

heredar — *to inherit*

Ej: No era una posición que se heredara sino que se ganaba.

ligeramente — *slightly*

Ej: A sus empleados le parecía un jefe justo y ligeramente distante.

la ira — *the anger / wrath*

Ej: Tomás era más rápido en la ira y en la alegría.

disculparse — *to apologize*

Ej: Llegó tarde y no pidió disculpas, lo cual era nuevo.

el pulso — *the pulse / rhythm*

Ej: La ciudad tenía un pulso diferente para quien sabía escucharlo.

Preguntas de comprensión

1. ¿Cuántos años lleva Marcos como líder y cómo describe el narrador ese liderazgo?
2. ¿Cuántos *weerwolven* hay en Buenos Aires y qué tipo de vidas llevan de día?
3. ¿Cómo es Marcos en su vida de día como gerente?
4. ¿Cómo describe el narrador a Tomás y qué diferencia tiene con Marcos?
5. ¿Qué hace Tomás en la reunión mensual que es diferente a otras veces?